

Āl-Qanniš

TALLER DE ARQUEOLOGÍA DE ALCANIZ

القانيش



CHIRIGOL DE ETNOLOGÍA BAJOARAGONESA

Fernando Maneros López, *coordinador*

Antonio Beltrán Martínez ■ Manuel Berges Soriano ■ Darío Vidal ■ Luis Serrano Pardo ■ Elio Tropo ■ José Antonio Benavente y Álvaro Lombarte ■ José María Maldonado Moya ■ M^a Elisa Sánchez Sanz ■ Lucía Pérez García-Oliver José M^a Ortí Molés ■ Francisco Javier Sáenz Guallar

JUNTA DIRECTIVA

PRESIDENTE

José Antonio Benavente Serrano

VICEPRESIDENTE

Jesús Villanueva Herrero

SECRETARIA

María Teresa Salomón

TESORERO

Raúl Pascual

VOCALES

Carlos Navarro
Dolores Robres
José Ramón Molins

DISEÑO, MAQUETACION, PREIMPRESIÓN e IMPRESION

Artes Gráficas TRAMAX
Tel. (978) 83 32 79

DEPOSITO LEGAL

TE-217/97



Para información, intercambios y
suscripciones dirigirse al

TALLER DE ARQUEOLOGIA
DE ALCAÑIZ
Apartado 127,
Alcañiz (Teruel)

ESTA PUBLICACION HA SIDO SUBVENCIONADA POR EL INSTITUTO DE ESTUDIOS TUROLENSES DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE TERUEL

CHIRIGOL DE ETNOLOGÍA BAJOARAGONESA

Dedicado a Mariano Romance Roda

SUMARIO

- 3 **Introducción.**
- 5 **Alcañiz en E.J. Taboada.**
ANTONIO BELTRÁN.
- 15 **Don Ramiro García, médico de Alcañiz y Patrono del Museo del Pueblo Español de Madrid.**
MANUEL BERGES SORIANO.
- 27 **Las artes del pan en Alcañiz.**
DARÍO VIDAL.
- 39 **Tarjetas postales de Alcañiz en el primer tercio del siglo XX.**
LUIS SERRANO PARDO.
- 67 **Los tambores de Alcañiz.**
ELIO TROPO.
- 73 **El escudo de Alcañiz: Sus orígenes y evolución.**
JOSÉ ANTONIO BENAVENTE Y ÁLVARO LOMBARTE.
- 83 **Juegos de chicos de las calles de Alcañiz.**
JOSÉ MARÍA MALDONADO MOYA.
- 101 **Las Pambenditeras Bajoaragonesas:
¿un residuo de religiosidad greco-romana?.**
M^a ELISA SÁNCHEZ SANZ.
- 121 **Juegos tierrabajinos en la obra de Luis Gracia Vicién.**
LUCÍA PÉREZ GARCÍA-OLIVER.
- 135 **La construcción tradicional en el Bajo Aragón.
Su implantación urbana y territorial.**
JOSÉ M^a ORTÍ MOLÉS.
- 157 **Indumentaria tradicional en Castelserás.**
FERNANDO MANEROS LÓPEZ
- 213 **Las costumbres populares sobre la gestación,
el embarazo y el parto en Alcañiz y el Bajo Aragón,
según el cuestionario del Ateneo de Madrid (1901-1902).**
FRANCISCO JAVIER SÁENZ GUALLAR

LOS TAMBORES DE ALCAÑIZ



Elio Trope

LOS TAMBORES DE ALCAÑIZ. I¹

El martes santo de 1859, paseábame yo por el salón de Santa Engracia en la ciudad de Zaragoza, con mis buenos amigos Ramón Puig Samper y Pascual Galindo, ellos para ver a sus lindas prometidas Cinta y Adela, y yo para buscar una ocasión de hablar a una preciosa madrileña llamada Cristina, a la cual amaba en silencio porque jamás había podido conseguir, ni en Madrid ni en Zaragoza, dirigirme a ella. En todos los corrillos se oía hablar de la función de tambores de Alcañiz y ya iba picando nuestra curiosidad la tal función, cuando se llegó a nosotros un capitán de cazadores amigo nuestro, militar entusiasta y valiente, natural de aquella ciudad, anunciándonos su partida para el día siguiente e invitándonos a marchar con él.

Estaba tan entusiasmado con la función de los tambores de su pueblo, y con ir a ver a su prima Pilar, la hija del conde de C... con quien estaba en relaciones, que nos hizo participar de su entusiasmo y pocas horas después tomábamos los billetes para

uno de los coches que debían salir al día siguiente para Alcañiz.

En efecto, salimos de Zaragoza a las tres de la mañana del miércoles y llegamos a Alcañiz por la noche.

Nos alojamos en una casa de huéspedes de la plaza y el jueves se pasó casi todo el día descansando, porque nada ocurría en la ciudad que de referir sea. Todo el mundo vestido con los trapitos de cristianar, como se dice vulgarmente, se ocupaba en visitar las iglesias por mañana y tarde.

El viernes debía principiarse la función de los tambores a las doce en punto de la mañana. A las doce menos cuarto bajamos a la plaza. Los balcones se habían llenado de lo más lindo y escogido de la ciudad. Allí estaban Cinta, Adela y Pilar. Allí estaba Cristina, como siempre encantadora y como siempre también fueron vanos mis esfuerzos para atraerme sus miradas; no conseguí que dirigiese una sola vez sus hermosos ojos hacia mí. El aspecto de aquellos balcones era verdaderamente seductor; pero, cosa rara, no se veía en ellos ni un solo hombre.

¹ Texto publicado en 1863 en la revista *El Museo Universal*, editada en Madrid. Apareció dividido en dos artículos precedidos por el encabezamiento "Costumbres españolas": el primero de ellos en las páginas 319 y 320 del nº 40, con fecha de 27 de septiembre, y el segundo en las páginas 331, 332, 333 y 334 del nº 42, con fecha 18 de octubre.

Tampoco en la plaza había, en el traje usual, más que nosotros y algunos forasteros; toda estaba llena de enmascarados cubiertos con largas túnicas azules, ceñidas con anchos cinturones de los que pendían cajas de guerra vestidas de negras gasas. Por todas las calles se veía lo mismo que en la plaza: la ciudad estaba verdaderamente imponente, original.

La hora que se esperaba con tanto afán, llegó por fin: el reloj de la Colegiata dio la primera campanada de las doce: las restantes suponemos que las daría también, pero nadie las oyó; sonoras vibraciones se confundieron en un ruido espantoso, infernal, que aturdió nuestros sentidos y apagó nuestras voces. Ni el horrísono bramar del océano embravecido, elevando sus hinchadas olas hasta las nubes para desplomarse con más estrépito en las profundidades del abismo; ni el ronco rugido de los furiosos huracanes; ni el tableteo aterrador del trueno al desencadenarse la tormenta en las inmensidades del espacio, pueden compararse con el estruendo que producía un redoble general de más de ochocientos tambores que tuvimos la curiosidad de contar más tarde. No exagero, carísimo lector, ni es fácil describirlo, ni podrás formar idea exacta, sin verlo, de lo que aquello es.

Numerosas bandas lanzábanse en torbellino aquí y allí, sin conocerse que tocaban más que por el continuo movimiento de sus brazos; porque los sonidos de sus cajas se confundían con el estruendo general, a la manera de los arroyos confluentes a un río mezclan sus aguas con las de aquél engrosándolo más y más, sin que puedan distinguirse unas de otras.

Quisimos conocer el origen y la historia de función tan extraordinaria, pero nada pudimos averiguar: así como su principio se pierde en la oscuridad de los tiempos, todo el mundo ignora lo que aquello quiere representar; lo cierto es que si los que inventaron la función de los tambores se proponían reproducir la conmoción que sufrió toda la naturaleza a la muerte del Redentor, nada podían haber elegido para dar una idea exacta de aquel general movimiento que ochocientos tambores, los cuales al tocar todos a la vez, hacían hasta retumbar los edificios.

Acaso parecerá también exagerado y aseguramos que nada tiene de tal, porque lo hemos experimentado, el vehemente deseo de que se sienten poseídos cuantos presencian aquel espectáculo, de tomar parte en él. Del mismo modo que cuando vemos bostezar a otro sentimos una necesidad, una fuerza interior que nos obliga a bostezar también, así al ver una ciudad entera llena de hombres que tocan el tambor, no podemos prescindir de su loco afán. Pas-

cual, Ramón y yo, íbamos buscando entre los enmascarados al capitán para que nos proveyese de túnicas y tambores; pero no hubiésemos conseguido fácilmente conocerlo si él, que esperaba ya este caso, no se hubiese presentado a nosotros en aquel momento. Comprendiendo lo que queríamos nos indicó por señas que le siguiésemos, y nos condujo a nuestra casa a donde había él mismo mandado llevar tres túnicas y tres cajas para nosotros.

No hay en Alcañiz una sola familia medianamente acomodada, que no tenga cuatro o seis túnicas con sus tambores, además de las pertenecientes a cada uno de los hombres que la componen, con el objeto de surtir a los forasteros que acuden a aquella originalísima función. Disfrazados con el uniforme general y templados nuestros tambores por el capitán, hasta el punto de estar estallando los parches para que produjesen mayor ruido, salimos a la calle y principiamos a imitar los movimientos del que cada uno tenía más cerca, sin que pudiésemos saber si lo hacíamos bien o mal.

Aquella multitud después de una hora de vagar en bandadas por toda la ciudad, vino a reunirse en la plaza y calles vecinas.

A la una en punto aparecieron en la puerta de la colegiata unos veinte encubiertos con túnicas negras y largos cetros, otro con un clarín en la mano y tres sacerdotes: a una señal de éstos el clarín hizo sonar su agudo instrumento y todos los tambores dejaron de tocar levantándose los antifaces. Entonces se vieron allí confundidas todas las clases, edades y jerarquías de la ciudad: nobles y plebeyos, ricos y pobres, artesanos y jornaleros, desde el decrepito anciano de 60 a 70 años hasta el niño de 8 ó 9, todos estaban provistos de su túnica y su tambor. Pero lo más particular es que en los anales de una función a la que asisten tantos hombres de tan distintas clases y condiciones, no se tiene memoria siquiera de que haya habido que lamentar jamás el menor disgusto, la más ligera disputa: tan poseídos están todos del afán de hacer sonar sus monótonos instrumentos que nadie se cuida de otra cosa.

Los cetrilleros, que así les llaman, principiaron a ordenar la procesión del pregón colocándose en dos interminables hileras todos los tambores: éstas marchaban por cada una de las aceras de la calle; y por el centro, otros enmascarados con túnicas negras, llevaban estandartes representando varios pasajes de la escritura y otros diversos objetos entre los cuales recordamos al supremo Hacedor antes de la creación, la formación del primer hombre y la primera mujer al acto en que Eva ofrece a Adán la manzana en el paraíso, un ángel con la espada de

fuego arrojándolos del lugar sagrado, las doce tribus de Israel extendidas por la tierra, las doce sibilas que profetizaron la venida del Mesías, las cuatro partes del mundo, el sol, la luna, las estrellas, etc. Cerraban la procesión los tres sacerdotes y tres mayordomos de la hermandad del Santo Entierro. Cuando estos llegaron a la esquina de la calle Mayor, donde acostumbraban a publicarse los bandos, el del clarín lo hizo sonar de nuevo y corriendo la señal por los cetrilleros, como una chispa eléctrica por el conductor metálico, volvió a quedar todo en silencio y el sacerdote de enmedio leyó con voz dolorida el siguiente fúnebre pregón:

"Manifiesto a todos los fieles cristianos de nuestro Señor Jesucristo, como habiendo puesto los pérfidos judíos pendiente de una cruz al hijo de María Santísima, murió por darnos vida el autor de ella. Su madre amantísima está desconsolada esperando os apiadéis de su soledad y pobreza y la asistáis en el descendimiento de su hijo y nuestro Salvador Jesús Nazareno, que será entre dos y tres horas esta tarde, y su entierro y piadosa funeraria, mañana sábado entre seis y ocho horas de la mañana. Y pues Cristo nuestro Dios y Señor murió por redimirnos y salvarnos, obligación es de todos los cristianos asistir devotos y compasivos, acompañando en el llanto a María Santísima, madre de Jesús y Señora Nuestra. Por tanto en nombre de la Iglesia santa os amonesto concurráis a tan sagrada, piadosa, devota y debida obligación".

Terminado el pregón, anuncióse de nuevo la marcha, e instantáneamente volvieron a resonar todos los tambores, repitiéndose el mismo toque de clarín, el mismo silencio sepulcral y el mismo funesto pregón en todas las esquinas en donde acostumbraban a publicarse los bandos. Concluida la procesión, todos los tambores se retiraron a sus casas tocando diversas marchas, y media hora después, nadie hubiera dicho que había en Alcañiz una sola caja.

LOS TAMBORES DE ALCAÑIZ. II

En seguida principiaron los tres sacerdotes en la Colegiata a desclavar a Jesucristo de la cruz, durante cuya ceremonia, un orador predicaba el sermón del descendimiento.

A las seis de la tarde salió la procesión llamada de la Soledad, que contrastaba notablemente con la anterior. El recogimiento más sublime, el silencio más sepulcral, la devoción más edificante, presidía en aquella sorprendente y majestuosa procesión.

Más de quinientas hachas, arregladas como los tambores por los cetrilleros, alumbraban a una hermosa imagen de la Santísima Virgen de la Soledad, a la que seguía el ayuntamiento precedido de los clarines y maceros de la ciudad: detrás iban todas las autoridades civiles y militares, cerrando la marcha un piquete de la guarnición.

Nosotros la vimos con el capitán desde una casa de la Plaza en donde estaban también nuestras zaragozanas, con Pilar y Cristina. Mis compañeros se colocaron en un balcón como pudieron, detrás de sus amadas, y estuvieron perfectamente: yo quise hacer lo mismo detrás de Cristina, pero ésta estaba rodeada de modo que no fue posible dirigirle ni una sola palabra. A su derecha tenía una señora con quien había ido a Alcañiz; a su izquierda otra señora anciana, con quien sostenía una conversación muy animada, y detrás a su doncella y dos niñas de la casa. Al dirigirme a estas señoritas procuraba levantar la voz para llamar la atención de Cristina; pero ésta, ya fuese que la conversación de aquella señora la tuviera entretenida o ya que en la plaza hallase bastante distracción, sólo se volvió hacia nosotros en el momento de marcharse, dejándome tan desconsolado como todas las veces que hasta entonces había tenido el placer de verla.

Al retirarnos a descansar encontré en mi alojamiento una carta de Zaragoza en que se me ordenaba volver con toda urgencia. Aquella orden era el complemento de mi desgracia, porque alejándome de Cristina concluía con todas las ilusiones que yo me había forjado al verla en Alcañiz. Pensé valerme del telégrafo para diferir mi marcha algunos días, pero fue vano mi deseo. Alcañiz no es ya aquella importante ciudad, que en los siglos pasados tenía voto en cortes; ahora no es más que un rincón olvidado, de la no menos olvidada provincia de Teruel a donde no han llegado aún el vapor y la electricidad a pesar de la rapidez con que caminan.

Restábame, sin embargo, una esperanza; la diligencia no salía hasta la madrugada del domingo, y aquella noche debía tener efecto la parte más interesante de la función de los tambores. Aquella noche los alcañizanos manifiestan sus amores al son de las cajas: porque has de saber, lector amado, que así como el abanico y las flores tienen su lenguaje amoroso, el tambor en Alcañiz lo tiene también. Esperaba yo, pues, revelar a Cristina mi atrevido pensamiento al estilo de Alcañiz, ya que tan poco afortunado había sido siempre para hacérselo conocer por otro medio.

Publicóse después de la procesión de la soledad un bando que prohibía tocar el tambor bajo la

multa de 100 reales hasta una hora antes de salir la procesión del Santo Entierro, o sea hasta las cinco de la mañana. Este bandó se publica todos los años *por fórmula*, porque sería imposible contener los amorosos impulsos de aquellos enamorados aragoneses, como encerrar en las casas consistoriales a todos los que faltan al bando.

Desde las diez principiaron a oírse tambores por todos los ámbitos de la ciudad, que ya redoblaban con estrépito, ya dejaban de oírse repentinamente, según que los agentes de la autoridad se acercaban o se alejaban de ellos. Son tantos los medios que se discurren allí para burlar su vigilancia, que sería difícil recordarlos: aquella noche hubo quien tenía su caja colgada de un balcón y la estaba tocando hasta que aparecía por uno u otro extremo de la calle un alguacil: entonces hacía que tirasen de ella desde arriba, dejándola suspendida en el aire mientras este pasaba y volvía a tocar de nuevo con más fuerza. Todo esto sucede durante dos horas, porque a las doce ya hubiera sido necesario prender a toda la población para llevar a cabo el bando. A esta hora salen los mozos en bandadas y van a dar serenatas de tambor a sus novias, las cuales los aguardan con tortas y otras chucherías. Está desairado el mozo del pueblo que no amanece con una gran torta pendiente de los tirantes de la caja.

El capitán fue a buscarme con otros amigos, cuando ya los tambores resonaban por toda la ciudad: formamos en la plaza nuestra banda y nos dirigimos a casa del conde, su tío, a cuya puerta tocamos un acompasado y nutridísimo redoble que debía ser ya esperado, porque en el momento de principiar se asomaron al balcón Pilar con sus amigas Cinta y Adela que habían ido a parar a su casa. Después hicimos resonar en nuestros bélicos instrumentos la antigua marcha granadera, concluída la cual subimos todos. Se nos recibió en el comedor donde estaba la mesa cubierta de dulces, vinos y licores de todas clases, sin que faltasen, ocupando el primer lugar, las tortas especiales que se hacen exclusivamente para esta época del año.

Todas las muchachas de Alcañiz tocan el tambor con la misma perfección que los hombres porque aunque ellas no vayan a las procesiones, tienen que contestar a sus enamorados, cuando éstos expresan de tal modo su pasión. El capitán ofreció su caja a Pilar que con una gracia sin igual principió a batir la misma granadera marcha que nosotros tocáramos poco antes debajo de su balcón. También era esperado por nuestro amigo este toque, porque todas las *marchas* denotan un *amor correspondido*, y el capitán estaba seguro de que el suyo lo era.

No se descuidaron en esto Ramón y Pascual, que pretextando ensayar sus adelantos, tocaron el toque de *diana* que habíamos tratado de aprender porque significa *declaración de amor*, y ofrecieron en seguida las vaquetas o palillos de sus cajas a sus prometidas para recibir su contestación; excusáronse ellas al principio, con el pretexto de que siendo forasteras no sabían tocar; pero instadas por el conde, el capitán y otros amigos, principiaron una *marcha* de infantes tan bien ejecutada y con tal unión, que las dos cajas parecían una sola. Mis amigos sintieron palpar sus corazones al verse tan públicamente *correspondidos*. ¿Pero cómo y cuándo habían aprendido sus amadas aquel deseado toque? Lo ignoramos, pero sin extrañarlo, porque la mujer sabe siempre lo que necesita saber, para demostrar sus sentimientos amorosos. Los demás fuimos ofreciendo nuestras cajas a las tres bellas. Cinta y Adela tocaron en la mía *calacuerda* que significa *verdadera amistad* y Pilar un simple *redoble*, cuya única significación es no desairar la caja al que la presenta.

Como los amigos del capitán eran de las mejores familias de Alcañiz, fuimos visitando las principales casas de la ciudad, y tuvimos ocasión de ofrecer nuestras cajas a las jóvenes más lindas de toda ella y admirar su habilidad.

Cristina había ido a parar a casa de una señora de edad madura, viuda, muy bien acomodada, que a pesar de pertenecer a una familia bastante numerosa de la población, vivía sola. No había pues, más joven allí que Cristina y no era del país, de modo que sólo cuando ya hubimos visitado a las amadas de todos los de la banda, pensaron dos amigos de aquella señora en ir a obsequiar a su linda huésped. Esta proposición me sacó de la mortal ansiedad en que había permanecido hasta las cuatro de la madrugada, viendo escaparse mi única esperanza.

Llegamos, por fin, y todos se apresuraron a ofrecer sus tambores a Cristina; pero ninguno antes que yo. Ni era fácil que me descuidara en aquel momento que iba a decidir de mi suerte futura, de mi eterna felicidad. Cristina no vaciló, no se hizo de rogar, y con grande sorpresa mía, aceptó desde luego las vaquetas de mi tambor. Difícil sería expresar el gozo que se apoderó de mi alma al contemplar los blanquísimos y delicados dedos de la hechicera Cristina, contrastando graciosamente con el negro ébano de los palillos. Mi exaltada mente, concibió las esperanzas más lisonjeras; ya sentía resonar en mi enamorado corazón la marcha anhelada que debía anunciarme la correspondencia de mi ardiente amor; toda mi existencia, todo mi ser, se hallaba pendiente de los movimientos de aquella encantadora criatura; pero mi ilusión fue fugaz como todas las ilusiones. En

lugar de la marcha que esperaba con afán, el toque de *fagina* resonó en mis oídos como el ruido aterrador de un terremoto. Con aquel toque funesto indican las alcañizas que *no admiten los amores* del mancebo desgraciado, en cuya caja lucen su destreza y con él acababa de matar Cristina todos mis dorados sueños de ventura. No había terminado, sin embargo, mi tormento; era necesario que la amargura de la duda siguiera destrozando mi corazón afligido, y la armoniosa voz de Cristina, sucediendo al monótono son del tambor, manifestó a todos, que sólo sabía lo que con más facilidad había podido aprender, pero que desconocía completamente el lenguaje del tambor y nos suplicaba por lo tanto no diésemos significado a lo que ella tocara. Entonces quise explicarla de palabra lo que con el tambor no sabía o no quería entender; pero como era el solo objeto de los obsequios de todos, ni podía atender a ninguno en particular, ni yo pude inquirir lo que tanto me interesaba.

A las seis de la madrugada nos volvieron a ordenar los cetrilleros y salió la procesión del Santo Entierro con multitud de pasos de la Sagrada Pasión y Muerte de Nuestro Redentor. A las nueve se terminó con el Santísimo Entierro la función de los tambores, y todas las cajas se encerraron para no volver a salir hasta el siguiente año.

El domingo de madrugada salía yo de Alcañiz, sólo y tendido en la berlina de la diligencia, dejando allí a mis amigos y a Cristina, y llevando sólo la duda y el despecho de mi triste y desolado corazón.

Ocho días después una carta de Pascual y Ramón me anunció su llegada a Zaragoza para el siguiente día.

Ponderábanme lo bien que habían pasado la Pascua y el resto de la semana en Alcañiz. Toros, teatro, días de campo, bailes, nada había faltado para hacerles muy agradable su permanencia en la ciudad. El conde se había interesado por ellos, y gracias a su intervención y a las simpatías que habían sabido inspirar al padre de las hermanas, sus amores fueron bien vistos por el respetable anciano.

También me decían que Cristina había salido de allí el tercer día de Pascua, dándome algunos pormenores de poca importancia, respecto a lo que había sucedido después de mi marcha. Desde que aquella carta, esperada con ansia, llegó a mi poder, no tuve otra ocupación que vagar por todas partes en busca del dulce objeto de mi amor. Después de tres días, al pasar por una calle, cuyo nombre no recuerdo, vi a lo lejos a Cristina; volé más que corrí, pero antes de que llegase a ella, entró en una casa de la misma calle, en cuyo principal vivía, según informe del portero.

Toda aquella noche pasé escribiendo cartas y rompiéndolas después, porque ninguna me parecía digna de ella; cansado ya de poner en tormento mi pobre magín para expresar un amor que no cabía en mi pecho, tracé un lacónico billete en el que sólo le indicaba mi vehemente deseo de hablarla.

De tal modo me consumía la impaciencia que a las ocho de la mañana llegué a la puerta de la casa, con el objeto de encargar al portero que llevase mi carta a su destino. Largo rato aguardé a aquel hombre que dudo si hubiera sido mejor que no llegara, porque venía a demostrarme, una vez más, toda la fatalidad de mi negra fortuna. Cristina, la señora con quien había ido a Alcañiz y su doncella, habían salido a las siete en punto de la mañana para Madrid, en la diligencia del Norte y Mediodía, y el portero volvía de despedirlas.

Cerca de un año ha transcurrido desde los sucesos anteriores, cuando hallándome un día en la ciudad de Teruel, recibí una carta concebida en estos términos:

"Querido Elio: Ramón y yo hemos resuelto que nuestros matrimonios tengan lugar en un mismo día. ¿Tú que viste nacer nuestros amores, nos negarás el gusto de tenerte por testigo de nuestras bodas? No lo espero. Cinta y Adela unen sus ruegos a los nuestros para que no nos prives de un placer, sin el cual no sería completa la felicidad de tus amigos. - Pascual".

No era posible dejar de acudir a tan cariñosa invitación y cuatro días después me hallaba yo en Zaragoza, donde pasé el carnaval y toda la cuaresma con los recién casados.

Cinta y Pascual marcharon poco después a Cataluña y yo, que debía regresar a Madrid, no pude resistir al deseo de volver a presenciar la función de los tambores y decidí pasar la Semana Santa en Alcañiz.

No tenía esperanza de encontrar allí al capitán porque éste había tenido que marchar a Africa con su cuerpo, pocos días después de enlazarse con su prima.

Hálleme, pues, en 1860, como me había hallado en 1859, tocando el tambor con entusiasmo por las calles de Alcañiz, acompañado de mi amigo, que después de haber sido ligeramente herido en Marruecos, había vuelto de comandante y había sido destinado a aquel provincial.

Mis tres amigos terminaron felizmente sus amores; sólo fueron desgraciados entonces, lo son todavía y lo serán siempre, los de ELIO - TROPO.